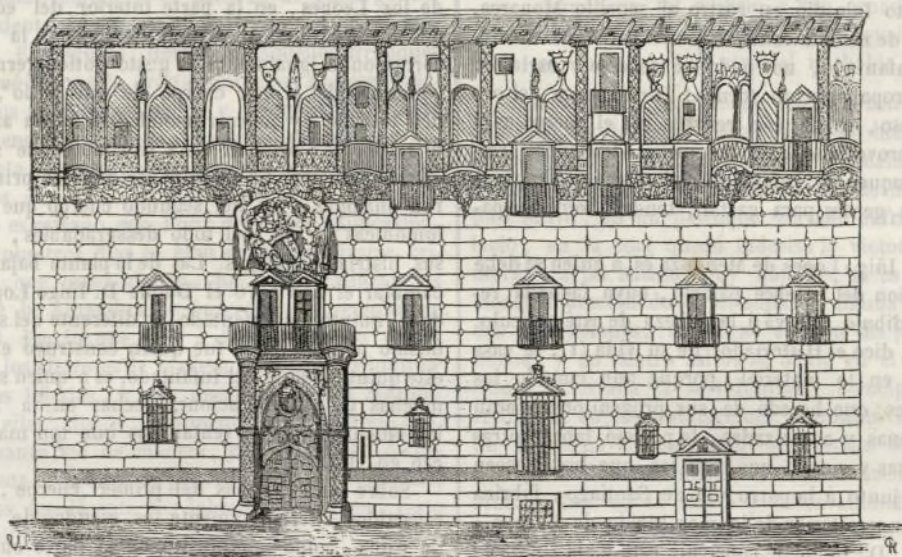


ESPAÑA PINTORESCA.



El Palacio del Infantado en Guadalajara.

El título del Infantado, uno de los mas célebres de la aristocracia española, se llamó así por haber obtenido las posesiones que lo componían, algunos Infantes, hijos ó hermanos de Reyes. El primero que lo obtuvo fue el Infante D. Manuel, hijo del Santo Rey D. Fernando, y de la Reina Doña Beatriz. Componíase en su origen de las cuatro villas, que aun llevan el título de Infantado, á saber: Alcocer, Salmeron, Valdeolivas y S. Pedro de Palmiches. El Rey D. Alonso el Sábio las dió á Doña Guillen Mayor de Guzman, y de este modo fueron pasando á poder de varios Infantes, hasta que por fin el Rey D. Enrique IV las dió á D. Diego Hurtado de Mendoza, segundo Marqués de Santillana, de resultas de la batalla de Olmedo en 1467.

El objeto de aquel indolente Monarca al hacer tan cuantiosa donacion, era asegurarse el apoyo de aquesta casa, y aun mas la benevolencia del gran Cardenal Arzobispo de Toledo y hermano del Marqués de Santillana, Prelado de génio inquieto y bullicioso, si bien dotado de otras prendas y buenas cualidades. Con esto llegó aquella familia ya anteriormente poderosa, á ser de las primeras del Reino, y pocos años despues estendia su jurisdiccion sobre 85,000 vasallos, segun aseguran varios autores. Aun cuando este número

ro sea algo exagerado, con todo, dá una idea harto grandiosa del poder colosal á que habian llegado aquellos Reyes en miniatura. Aumentóse aun mas su prestigio con el casamiento de Doña Juana Enriquez, su parienta, con el Rey de Aragon, de cuyo enlace nació el afortunado D. Fernando el Católico, que andando el tiempo, vino á ocupar el Trono de Castilla. La familia del Infantado defendió poderosamente el casamiento de este con Doña Isabel, y le allanó las gradas del Trono, considerando á los nuevos Monarcas como individuos de la parentela.

Uno de los mayores obstáculos que encontraron los Reyes Católicos al subir al Trono, fue la Villa de Madrid, que se negaba á reconocerles, aclamando á la Beltraneja. Entonces D. Diego Hurtado de Mendoza reunió sus vasallos y las gentes que le envió el Gran Cardenal, con las cuales puso sitio á la Villa, y despues al Alcázar, del cual se apoderó al cabo, despues de una vigorosa resistencia.

Sucedió á D. Diego en el título del Infantado, su hijo D. Iñigo Lopez de Mendoza, casado con una hija de D. Alvaro de Luna, antes de la caida de este; por cuya razon se puso el escudo de la media luna, entre los blasones de la familia. Hallóse D. Iñigo en la conquista de Granada, en cuya ocasion desplegó un

lujo que pudieran envidiar los mismos Reyes. Venia al frente de quinientos hombres de armas, vasallos suyos, armados unos á la guisa y otros á la ginetá, y además muchos hidalgos y parientes é individuos de la familia, con sus respectivos hombres de armas. Sus vestiduras y armamentos eran riquísimos, aquellas de seda, y estos de ricos metales.

No eran menos lujosos los arreos de los caballos y acémilas, con paramentos de brocado y bordaduras de oro. Tanto lujo dió en rostro al sencillo Monarca, poco amigo de ostentacion. Al pasar revista á los soldados del Infantado, no pudo contenerse y exclamó: —«¡Brava tropa para un torneo! Pero Duque, el oro aunque vistoso, es de poca resistencia: el hierro es el metal mas provechoso para la guerra.»—«Señor, respondió el Duque del Infantado, el mismo ánimo que tuvieron mis gentes para gastar, tendrán también para batirse.»

A este D. Íñigo Lopez de Mendoza es á quien se debe la construcción del célebre palacio, cuya fachada representa el dibujo que vá á la cabeza de este artículo. «Acrecentó, dice el Historiador de su vida (1), la casa de su padre en lo material, porque aun cuando las casas grandes que heredó de sus progenitores, eran entonces buenas y autorizadas, le pareció labrar otras mas suntuosas y ricas, que son las que hoy poseen los Duques, junto á la parroquia de Santiago, fábrica en lo interior y exterior de lo mas lucido de Europa.»

Principió D. Íñigo á construir este palacio hácia el año 1480, y por tanto no es cierto que pertenezca su fábrica al Gran Cardenal, como se ha querido suponer, y como informaron á Ponz malamente. Tampoco podemos convenir con este autor en el desprecio é indiferencia con que trató de este edificio, llevado de un rigorismo indigesto y casi ridículo, aun cuando no adoptemos tampoco las exageradas alabanzas del buen Nuñez de Castro, que le llamó uno de los mas lucidos de Europa. Algo mas le agradeceríamos á este autor que nos hubiera suministrado algunos datos acerca de esta fábrica, de su construcción y reformas, que no el empeño en probar que Guadalajara era el antiguo *Complutum*, y otras cosas no menos impertinentes.

Preciso es confesar también, que contribuye no poco para hacerle desmerecer, el mal estado de conservación en que se halla, efecto de la residencia de sus dueños en la Corte, y algunas alteraciones intempestivas que se han hecho en él, principalmente en la fachada. De la cornisa para arriba se han abierto en diferentes épocas una multitud de ventanas y balconillos sin orden ni regla, que le dan muy mal aspecto y han contribuido á destrozar lastimosamente las molduras y labores de la cornisa. Los antepechos de las tribunas están enteramente destruidos, y solo se conservan en buen ser los calados de las dos de los extremos. Los demas han sido repuestos con cal y arena.

A pesar de estos destrozos, la fachada conserva un aspecto imponente y agradable: el tiempo ha impreso sobre ella aquel color de hoja seca, que viene á ser

lo que la patina en la pintura, y las canas en los hombres. La portada, que es lo que mejor se conserva en ella, es muy agradable por sus buenas proporciones y por sus adornos afiligranados del gusto gótico-germánico. En las junturas de las piedras se ven otras embutidas, á manera de puntas de diamantes, rareza que se observa igualmente en algunos otros edificios de aquella época.

Correspondiente á esta fachada es el patio llamado de los Leones, en la parte interior del edificio, que debió construirse al mismo tiempo que la fachada, y corresponde igualmente al gusto gótico-germánico. Las columnas del primer cuerpo de este patio, son de orden toscano, y no corresponden ni hacen armonía con el resto, y á primera vista se conoce que son de una época posterior. Es de suponer que las primitivas fueran análogas á las del segundo cuerpo que parecen salomónicas, y no del todo desagradables, á pesar de sus histrias y follages. Las de la planta baja las mandó cambiar el año 1570 el Duque D. Íñigo Lopez de Mendoza, quinto del Infantado, y diferente del segundo del mismo nombre, que fue quien construyó el palacio. A este quinto Duque del Infantado, es á quien se atribuyen muchas de las alteraciones hechas en la fachada, y las muchas rejás y ventanillas que tan mal efecto hacen en ella.

Sobre las columnas del primer cuerpo, se hallan repartidos alternativamente los escudos de Mendoza y de Luna, como igualmente en la parte superior de la fachada, porque como dijimos antes D. Íñigo Lopez Hurtado de Mendoza, fundador del palacio, estuvo casado con Doña Maria, hija de D. Alvaro de Luna.

El escudo de este consistia en una media luna de plata, vuelta hácia abajo, en campo rojo y la orla de conchas, como se vé en su sepulcro en la catedral de Toledo, aludiendo sin duda á la emigración de esta familia de Aragon á Castilla. En el palacio de Guadalajara, en vez de las conchas la orla es de Castillos y Leones. Las armas de los Mendozas consisten en un escudo flanqueado con bandas rojas sobre césped, las cuales se quiere suponer que eran las armas del Cid. Despues de la conquista de Granada añadieron en los flancos del escudo el *Ave Maria*, en memoria de la hazaña de Garcilaso de la Vega (emparentado con la familia de Mendoza), el cual mató en singular combate al moro Tarbe, que llevaba atado á la cola de su caballo el cartel del *Ave Maria*, que pocas noches antes había clavado el valeroso Hernando del Pulgar en la puerta de la Mezquita mayor.

Sobre los arcos del primer cuerpo se ven dos leones sobre cada uno, por cuya razon se llamó este *el patio de los Leones*. Por debajo de ellos corre una faja con una inscripcion que no alcanzamos á leer.

En la parte superior del segundo cuerpo, el adorno en vez de leones es de grifos alados en igual proporcion. También este patio está medianamente conservado. La galeria superior en algunas partes está visiblemente resentida, bien sea efecto del empuje de una bóveda de cañon que forma su techo, ó quizá por su mala construcción primitiva, por cuyo motivo quizá se qui-

(1) D. Alvaro Nuñez de Castro, historia eclesiástica y seglar de la ciudad de Guadalajara.

taron las antiguas columnas, para sustituirlas con las que ahora tiene.

Tampoco este patio mereció la aprobacion de Ponz, alucinado con creerlo de la época del Gran Cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza. «Su primer patio principal, dice, es de mala arquitectura, y ni aun tiene aquella gentileza del gusto gótico, aunque manifiesta, *que todavia se practicaba aquel en España cuando se hizo.*» Esta noticia pudiera haberla ahorrado el Sr. D. Antonio, porque si el patio es de gusto gótico, es señal evidente de que cuando se hizo, se usaba aun en España. En seguida, llevado de aquellos arranques de *ligno-frobia*, que le eran habituales, se desencadenó contra los magníficos techos y artesonados de este palacio diciendo: «ví algunos grandes salones con techos de tanta madera y oro, que me parecieron *pinas doradas.*»

Pero no es extraño que Ponz diese esta calificación, cuando en nuestros dias el afán de singularizarse criticando lo que otros alaban, ha hecho calificar los mosaicos de la Alhambra de *bujerías* y entretenimientos pueriles. Por lo que hace á Ponz, llevado de su odio contra los altarotes de madera dorada, que inundaban nuestras Iglesias, y por desgracia siguen afeando muchas de ellas, dirigió igualmente sus invectivas contra todo cuanto vió de madera, y lo confundió en general anatema. Nosotros al paso que odiamos aquellos, respetaremos igualmente los labrados artesones, resto de la magnificencia de nuestros mayores.

El mas notable entre ellos es el de la sala llamada de *linages*, por estar pintados en ella todos los escudos y blasones de la familia de Mendoza y sus allegadas. Esta fue una cosa de las que mas llamaron la atencion de Francisco I de Francia, cuando estuvo en este pais no muy á gusto. El dia 10 de Agosto de 1525 entró en Guadalajara, en compañía de D. Hernando de Alarcon, y precedido de un gran acompañamiento de lo mas lucido de toda aquella tierra, que habia convocado el Duque en su obsequio.

Hallábase este acosado de la gota, y salió en silla de manos, haciendo que le bajaran al patio para recibir al Rey. Aposentóse este en la sala dicha, que estaba vistosamente adornada, y admiró no poco al Rey. D. Luis Zapata en su poema *Carlos el famoso*, dice asi sobre este asunto:

Pasando á reposar á su aposento
ante él con multitud de luz y pages
vió la hermosa sala en su ornamento,
que la llaman hoy dia de Linages.
Su guardia quedó atrás, y aunque contento
cansado de ver tantos personajes,
tantos triunfales arcos de aquel dia
en su cámara al fin se recogia.

En seguida introduce al Conde de Tendilla explicando al Rey el contenido de todos aquellos cuadros y blasones, y con este motivo el autor se estiende, con no poca pesadez y desatino, á formar un pequeño curso de heráldica española, comentando los blasones de unas ochenta familias ilustres de varias provincias de España,

en otras ochenta octavas; y para espresar la admiracion del Monarca francés, pone en boca suya esta otra hiperbólica octava, en su conversacion con el de Tedilla.

El Rey le preguntó (que en todo cuanto habia del Duque visto y contemplado no lo tenia junto á todo en tanto, que la sala en donde habia pasado) si se habia dicha, hecho por encanto porque un tal edificio y tan ornado, aunque mucho anduvo, hasta aquel dia en su vida visto otro tal no habia.

Alvaro Nuñez se estiende tambien con este motivo en referir las fiestas y obsequios que se hicieron al Rey, en los tres dias que se detuvo en Guadalajara. La mas notable entre todas ellas, es la riña de un leon y un toro bravo, en un palenque cerrado enfrente del palacio, en la cual quedó indecisa la victoria. Esto dió margen á un suceso muy notable, si es cierto. Habiéndose descuidado los criados en alguna de las debidas precauciones, se escapó el leon del palenque una noche, y en cuatro saltos se metió en el patio de los leones. Aterrada la servidumbre, principió á huir y refugiarse en las habitaciones. Entonces un tal Diego de la Serna Bracamonte, que estaba con el Duque, con admirable serenidad, tomó una hacha que estaba alumbrando en la sala, y desenvainando la espada se dirigió á la escalera. Al bajar por ella se le avalanzó el leon, pero ofuscándole con la luz, lo dejó parado, y cogiéndole por la melena, le llevó á la leonera, sin que hiciese ningun movimiento para escaparse.

Seis años despues de estos sucesos, murió D. Diego Hurtado de Mendoza, tercer Duque del Infantado, en cuyo tiempo habian ocurrido: en los últimos años de su vida, transformó en capilla la sala de los Linages, poniéndole altares con magníficas alhajas, y haciendo servir en ella gran número de músicos y capellanes.

Sucedíole su hijo D. Iñigo Lopez Hurtado de Mendoza (cuarto Duque del Infantado) siendo notable, que los seis primeros sucesores del Infantado, llevaron alternativamente el nombre de Iñigo Lopez y el de Diego.

En tiempo de este cuarto Duque, ocurrió en el palacio de Guadalajara un suceso muy notable. Habiendo quedado viuda la Infanta Doña Leonor, esposa de Francisco I, Felipe II su sobrino le hizo donacion de la ciudad de Guadalajara durante su vida, y envió allá á D. Rodrigo Niño, para que tomase posesion á nombre de la Reina, y la preparase hospedage en el palacio del Duque del Infantado. Resistióse el Duque despidiendo al comisionado ásperamente, y alegando que ni aun para personas reales se le debía quitar su casa viviéndola él. Felipe II que no se dejaba persuadir fácilmente, no debió quedar convencido con la respuesta, y envió al alcalde Duranga para que pusiese al Duque en la calle: pero este, por ahorrarle la molestia, se salió de su palacio, y aunque murió la Reina un año despues, no quiso volver á habitarle, aunque vivió hasta el año 1566.

Poco tiempo antes que él murió su hijo D. Diego, por cuya razón entró á poseer el Ducado su nieto Don Iñigo Lopez Hurtado de Mendoza, que fue el quinto Duque del Infantado. Este se reconcilió con la Corte. Habiéndose desposado Felipe II con Isabel de Valois, encargó al Duque del Infantado que marchase á Roncesvalles á recibir á la Reina, como lo hizo, acompañándola hasta Guadalajara. Allí estaba esperando el Rey en el palacio del Duque, adornado con gran magnificencia, y el Arzobispo de Burgos los casó aquel mismo día en la sala de Linages, siendo padrinos la Princesa Doña Juana y el Duque del Infantado.

En tiempo de este Duque fue cuando se hicieron en el patio de los Leones y en la fachada, las notables alteraciones que dejamos indicadas. También entonces se restauraron algunos adornos y pinturas de la sala. Con este motivo notaremos de paso, que algunos de los frescos que las adornan, se atribuyen á Rómulo Cincinato, y contienen varios adornos muy graciosos y algunas fábulas ejecutadas con inteligencia y buen gusto, como dice Ponz.

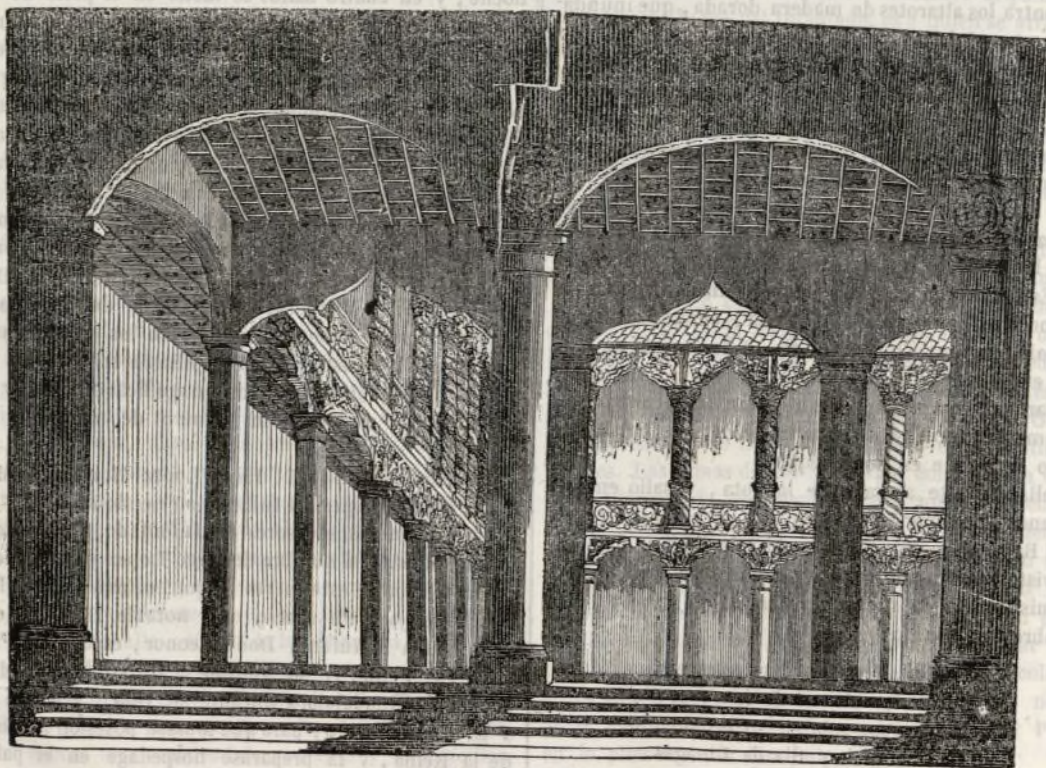
Después del fallecimiento de D. Iñigo, faltando la

sucesion varonil, obtuvo el título del Infantado Doña Ana de Mendoza, célebre por sus virtudes y mucha piedad, y por varias fundaciones piadosas en que invirtió cuantiosos capitales. A esta Señora se debe entre otras cosas la construcción del célebre panteón de su familia, que compite y aun, según el parecer de otros, supera al del Escorial. Quizá tendremos dentro de poco el placer de presentar á nuestros lectores una vista de este interesante monumento.

También á Doña Ana faltó la descendencia varonil, por lo cual sucedió en el Ducado su hija Doña Luisa Hurtado de Mendoza, la cual tuvo por hijo á D. Rodrigo Diaz de Vivar Hurtado de Mendoza, sétimo Duque del Infantado y Conde de Lerma, que murió sin sucesion, concluyendo en él la línea directa.

En el día obtiene este título el Excmo. Sr. Duque de Osuna, el cual nos consta que al visitar el año pasado este antiguo solar de sus ascendientes, ofreció mirar por su conservacion y ornato, como no dudamos que lo hará, en obsequio de las artes y de las antiguas glorias y recuerdos de sus mayores.

V. DE LA F.



Patio del Palacio.

POESIA.

ROMANCE.

En los amenos jardines
que el Generalife encierra,
donde unos altos cipreses
vieron insignes afrentas,

un desventurado moro
aherrojado entre cadenas,
cautivo de los cristianos
y apartado de su tierra,
con voz dolorosa y triste
así sus males lamenta,
porque los moros se parten
y él solo y cautivo queda :
« A Dios celestial encanto

A Dios la sin par Zelima,
Alá que el amor estima,
Te haga apreciar este llanto
que vierto en remoto clima.

« A Dios! para siempre! ó cielo!
para siempre! ó desventura!
qué son dichas de este suelo?
qué es la humana criatura?
qué es un imposible anhelo?

Aquí el moro malhadado
inclinaba la cabeza,
y los ojos encendidos
enclavaba en el arena,
los brazos entre los hierros
en convulsiones horribles
temblaban, y en un suspiro
arrojaba el alma entera.
Ya mas calmado su pecho
siente aliviarse su pena,
y un llanto ardiente y copioso
su rostro y prisiones riega;
torna á levantar la vista
y al ver la luna serena,
que como bajel de plata
nacarado mar navega,
torna á recordar sus males
torna á ver la cruda ausencia,
y entre sollozos amargos
entona esta cantinela:

Linda Zelima
la de Granada,
gloria y ornato
de nuestra Alhambra,
nunca te viera,
nunca te hablara,
si he de perderte
sin esperanza.

Yo malhadado,
tu malhadada,
tu allá en los mares,
yo aquí en España,
nunca te viera,
nunca te hablara,
si he de pederte
sin esperanza.

Vete, Zelima,
vete á tu patria,

mira estos hierros
que nos separan.
Nunca te viera,
nunca te hablara,
si he de perderte
sin esperanza.

Vete, y si un día
nudos te enlazan,
que te recuerden
al de Granada,
piensa, que esclavo
también lloraba
cuando te dijo
sin esperanza:

Gentil Zelima,
que Alá te valga
mientras yo muero.
sin esperanza.

M.



NOVELAS.

EMILIA GIRON.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

XIV.

LOS DOS HERMANOS.

Paseábase á fines de 1814 en la plaza de S. Antonio de Cádiz, un joven capitán de infantería con el pecho cubierto de cruces, entre las cuales brillaba el escudo de S. Fernando. Su gallarda presencia, su aire marcial, al propio tiempo que elegante, y el sello de franqueza que llevaba gravado en su rostro, habían despertado la envidia de algunos mozalvetes, que con afectada presunción pasaban por delante de él, y la atención de no pocas hermosas, que llevadas de su natural coquetería, le miraban con tierna sonrisa, demostrando que no las eran indiferentes la apostura y gallardía del capitán.

Distraído este con los pensamientos que á la sazón le ocupaban, no había notado la atención de que era objeto, y continuaba sus paseos, cuando al dar una vuelta se encontró de frente con un joven oficial de marina, adornado con el uniforme de la armada española. El capitán se hizo á un lado, mas cerrándole el paso el otro, lo miró cara á cara con notable desfachatez, diciéndole en tono de cariño:

« Qué orgulloso te has hecho, Carlos! ni siquiera saludas á tus parientes. »

Clavó en él los ojos el capitán, y arrojándose en sus brazos exclamó conmovido:

« Hermano!!! »

El marino le estrechó contra su pecho repetidas veces, y después le dijo:

Vámonos de aquí pues estamos escitando la curiosidad.

—Sí, sí, repuso el capitán; vamos á mi casa. »

Y asiéndose del brazo los dos hermanos, se encaminaron hacia la calle del Molino. Luego que estuvieron en la habitación de Carlos, se abrazaron nuevamente llorando de alegría, hasta que el marino preguntó á su hermano:

« Qué es de nuestro padre? »

—Hace tiempo que no sé donde se encuentra, contestó Carlos; mas espero cartas del jefe de su división, y es regular que me hable de él. ¿Y tú, Camilo, qué me cuentas de tu vida? ¿Cuántas cosas han sucedido desde que nos separamos!.. Y qué! ¿estás contento con tu carrera?.. Oh! ya eres teniente de navío... y yo capitán de infantería... Buen trabajo me ha costado alcanzar las que llevo en el hombro. Nadie dirá que he apelado á la intriga para conseguir el grado que tengo: mi espada me lo ha dado, no debiendo cosa alguna al favoritismo...

—Segun veo, dijo Camilo interrumpiéndole, vienes dispuesto á no dejarme meter baza. Has arrojado un torbellino de palabras, capaz de echar á pique el buque mejor acondicionado.

—Pues bien, dí lo que quieras. ¿Cómo te vá en el mar?

—Oh! grandemente; he formado con él liga estrecha, y le quiero con delirio. Asi es que cuando estoy en tierra me falta hasta el aliento, no siendo extraño que un dia me ahogue en seco, como el pez á quien quitan el agua.

—Yo soy al contrario; ni el estampido de la artillería, ni el ruido de los sables, ni los fusilazos, ni los gritos de los combatientes me causan sensacion alguna, al paso que el menor rugido de ese mar que nos cerca me pone en ascuas, figurándome á cada momento que vá á tragarse á Cádiz.

—No tengas miedo, tonto. Mira, cuando yo voy por la calle, todo es para mí un puro susto, creyendo á cada instante que ha de caerme encima algun balcon ó alguna teja, y en mi buque nada temo, despues de haberme familiarizado con las borrascas, las tormentas y los uracanes.

—No lo extraño, porque ya hace tiempo que te embarcaste por la vez primera... ¿Y cómo te hallas aqui?

—Una órden del ministerio de Marina nos hizo salir del apostadero de la Habana, habiendo dos meses que llegamos á esta bahía. ¿Y tú, á que has venido á Cádiz? ¿traes alguna comision, ó tu regimiento ha sido destinado á guarnecer la plaza?

—Nada de eso; he pedido licencia temporal, y hace ocho dias que me hallo en esta linda ciudad, reduciéndose mis ocupaciones á comer, beber, pasear y dormir.

—Buena vida, voto á Santelmo!.. Mas teniendo tanto miedo al mar, ¿cómo es que has escogido á Cádiz por morada?

—Tengo aqui una muchacha, por la cual atraviesa el mar de un polo al otro polo.

—Ola! ola! ¿estás enamorado?.. Me alegro porque tambien lo estoy yo.

—¿Tú, Camilo? tú que te has casado con el mar como el Dux de Venecia? ¿Enamoras algun tiburon, ó has encontrado por ahí algunas de las sirenas que tanto abundan en estas aguas?

—Te contaré, contestó el marino. Luego que salté en tierra, conocí que iba á aburrirme si no me daba al amor, á que soy muy aficionado. Por lo tanto me dediqué á perseguir á las hijas de Eva, haciendo algunas presas que me cansaron pronto, porque mis amores nunca han durado mas de quince dias. Cruzaba una tarde la plaza de S. Antonio, cuando divisé á lo lejos una goleta de hermosa construccion, rica en velamen, fuerte en arboladura, y como de unos veinte y cinco cañones. Al momento que la ví virar de costado, le puse la proa, y como soy un velero muy fino, á poco me hallé á su alcance, intimándole la rendicion. Valiente la gallarda goleta, prosiguió su derrota con la mayor serenidad, hasta que cogió puerto. Entonces tomé mis disposiciones para que no se me escapase luego que se

lanzara al mar otra vez, y á pesar de su larga resistencia iba ya á apresarla, cuando izó pabellon, haciendo una capitulacion honrosa. Desde entonces bogamos juntos, no siendo extraño que el mejor dia abandonemos los mares, porque has de saber que me quiere muchísimo, y yo no pienso mas que en ella, de suerte que será fácil demos fondo sin levantar anclas jamás.

—Escucha mi historia, dijo el capitán. Hallándome destacado en Moguer cuando no era mas que teniente, salí á cazar un dia. Cerca de unos estensos pinares, me saltó una liebre, que no pude tirar por haberse metido entre los pinos. Sin embargo, mi galgo la seguía de cerca, y yo iba tras él en la esperanza de que no se le escaparía, cuando vi á la liebre apresada por un ave sumamente bella, que á los ojos de la paloma unia la voz del ruiseñor, y al cuello de tórtola juntaba la gallardia del cisne. Apesar de que se me puso á mano, no quise cogerla entonces, hasta mas tarde que la tendí una finísima red, donde fue á dar, reconociéndome por su dueño y señor. Al cabo de algun tiempo mi pájaro, que se hallaba de paso en aquellos contornos, emigró aqui, y yo me fui á dar sablazos á los franceses, hasta que terminada la guerra he venido á buscarlo, habiéndolo encontrado tan bello y cariñoso como siempre.

—Oh! ya son muy antiguos tus amores, observó Camilo; pero, con todo, apuesto á que no quieres á tu muchacha tanto como yo á la mia... Bien es verdad que ella lo merece, porque es muy linda. Si vieras sus ojos te quedarias embozado; son azules.

—Azules son los de mi muchacha, interrumpió Cárlos.

—Pero no será rubia como la mia.

—Si que lo es, vive Dios.

—No será su boca tan graciosa.

—Pues si es lo mejor que tiene...

—¿Es alta?

—Si.

—¿Y de gallarda presencia?

—Tambien.

—¿Su mano es blanca y pequeña?

—Como lo dices.

—¿Y el pie sumamente menudo?

—Sin duda.

—Pues sino es la mia, venga Dios y véalo, dijo el marino.

—Eso estaba yo pensando, repuso el capitán... Pero no; se parecerán, y no hay otra cosa. ¿Dónde vive la tuya?

—En la calle de Murguía, contestó Camilo.

—Diablos; exclamó el capitán! alli vive la mia.

—La hemos hecho buena! murmuró el marino. ¿Tienes alguna prenda suya?

—He aqui una sortija que me dió ayer.

—Igual á la que yo tengo, observó Camilo.

Miráronse los dos hermanos mutuamente, y rompieron en una ruidosa carcajada; pero ennegreciéndose pronto su semblante, permanecieron un rato en profundo silencio, hasta que el capitán dijo:

—Yo no te la cedo.

—Ni yo tampoco, saltó el marino.
 —Pues uno está aquí demas.
 —Serás tú.
 —Mas bien tú; con que ya puedes ver lo que haces.

Volvieron á callar seis minutos, mas el marino rompió el silencio diciendo:

—Seria bueno que despues de haber estado se parados durante catorce años, nos hubiésemos reunidos para reñir por una coqueta que se burlaria de nuestra necesidad.

—Tienes razon, Camilo, es una coqueta.

—¿Quiéres tomar mi consejo, Carlos?

—Habla y veremos.

—Las mugeres son muy raras, y ya sabes que cuando se ven queridas son ingratas, al paso que cuando un hombre las desprecia andan tras él que beben los vientos. Soy de opinion pues, que debemos huir de nuestra coqueta, sin decirle porque ni como. O no entiendo una jota de amores, ó á los tres dias ha de perseguirnos, buscando la antigua querencia.

—¿Y á quién irá á buscar? preguntó Carlos á ti ó á mi?

—Tal vez sea á mi.

—¿Y porqué á mi no?

—Tambien puede ser, y á quien Dios se la dé, S. Pedro se la bendiga.

—No estoy conforme con eso, dijo Carlos. Ademas, lo natural es que acostumbrada á los dos, nos busque á ambos, no sirviendo de nada tu plan.

—Entonces, hermano, no hay mas que virar de bordo, y darle la popa para siempre.

—Si, si; abandonémosla, y que vaya á divertirse con soldados de papel.

—Es lo mejor, Carlos: con cuatro letras estamos fuera del paso. Hoy mismo voy á mandarla un villete; haz tu lo mismo, y verás como se tira de una oreja y no alcanza á la otra... Pero ya es tarde y debo irme. A Dios, hermano; abrazémonos y hasta la vista.

Carlos abrazó á Camilo con ternura, y permaneció sumido en honda meditacion. Este se dirigió hácia la puerta, pero antes de salir volvió el rostro á donde se hallaba el capitan, y al verle tan pensativo, se acercó otra vez á él, diciéndole:

—Deja esa tristeza, hombre. No parece sino que es la última muger del mundo la coqueta que así te ha puesto. Ya encontrarás otra con quien desquitarte. Entretanto, come y bebe como anteriormente, y no pienses en ella, pues de otro modo vendrás á parar en levantarte la tapa de los sesos, y yo me cuelgo en seguida de la entena de mi navio.

Nada respondió el capitan, limitándose á estrechar la mano del marino, quien se alejó de alli talareando una cancion americana.

J. MANUEL TENORIO.

REVISTA DE TEATROS.

MES DE JULIO.

PRINCIPE. *Vicente de Paul ó los espósitos.* — *La Reina por fuerza.*

— *El pozo de los Enamorados.*

Si no temiéramos establecer un mal precedente, de que pudiera prevaleerse tal vez en adelante nuestra genial indolencia, y abrir la puerta á frecuentes omisiones, dejaríamos por esta vez de llenar nuestro compromiso de relatores y jueces teatrales á un tiempo; y á fé que no seria el público quien nos lo recordara, porque ¿quién se acuerda del teatro de la calle del Principe y de sus arreglos y traducciones ante el teatro universal, ante el *grandioso drama*, en que el que mas y el que menos, ora por entusiasmo, ora por el imprescriptible derecho del palo, ha hecho el papel de comparsa y ha acarreado una piedra... para el edificio de nuestra pública prosperidad? Obra de caridad es por tanto consignar al menos en este rincon, con letras mas pequeñas si bien mas duraderas que las de los carteles que van sucediéndose en las esquinas, el nombre de estas tres mal aventuradas hijas de la Francia, que en su emigracion entre nosotros han sido recibidas, no á silbidos, pero sí á cañonazos.

Y ya que en algun tiempo debió esto de suceder, mas vale que haya sido en este que en ningun otro. Sea como fuere ya habia empezado la canícula, ya se habian lanzado á las tablas los *osos*: osos llaman en Francia á las piezas que aprovechándose del calor y de la soledad de los teatros, los toman por sorpresa, y se encargan del castigo del terco é inamovible espectador que desafía los rigores del sirio desde su luneta. Esta es la época de los estrenos y de los ensayos de los noveles, la época de descanso para los teatros. como el invierno lo es para la naturaleza; época de descanso para la misma crítica que haria mal en enfadarse, porque este es un hecho irrevocable, un fruto natural de la estacion como el calor, y que no hay mas que sufrir como el calor mismo. Y ya que tenemos osos para dos meses por lo menos, paciencia pues, y empezemos la caza de los osos.

Es el primero de la ganaderia de Mr. Bouchardy aunque algo domesticado y menos fiero que sus hermanos, segun en los Carteles se anunciaba. Tanto peor para él: quitadle al oso lo fiero; y ¿qué le queda? lo tonto y mal garbado. Que Mr. Bouchardy amontone escondites y raptos, y pistoletazos y billetes misteriosos, y curaciones imprevistas, está bien, este es su terreno; pero de Vicente de Paul, de sus virtudes, de sus sacrificios, ¿qué saben ellos de todo esto? Abierta teniamos ya la boca para gritar, *sacrilegio*; mas la pieza nos desarmó: Vicente es un viejo muy blando y alegre, que dice muy buenas cosas, y canta coplas con los niños, y que en sus apuros encuentra vigor y fuerza, no precisamente en Dios, pero sí en los ojos de una linda huérfana á quien ama paternalmente. Y luego hay un Duque y un espósito que andan á la morra por ella, y la niña se suicida porque

tiene dos partidos, y luego resucita, y ellos se desafían para eliminarse uno al otro, y el espósito es hijo del Duque, y ella se casa no se si con el padre ó con el hijo, y el buen Vicente tan contento bendice el matrimonio. No está del todo mal para un *vaudeville*. Pero esto es una profanación! diréis: y qué queréis de un hombre que hizo todo lo que sabía para rendir un homenaje á su modo al padre de los espósitos, que no sé por qué tiene la desdicha de estar en gracia con ciertas gentes?

Las otras dos piezas son dos hijos pródigos, de esos en que Mr. Scribe desperdicia su ingenio, no su caudal, unos de esos maniqués trabajados como quiera, con tal que sean bastante flexibles para ser revestidos con el brillante ropaje de la música: no hemos hallado mas elegante metáfora para decir *librettos*. Sin embargo en nuestro concepto, *La Reina por fuerza* es muy superior al otro en diálogo y situaciones, y si se variara ó suprimiera aquel fatal acto tercero que desdice del tono general, y fuera algo mas motivado el resorte de la accion, seria una pieza muy agradable por el estilo de la del *Domino noir*. Escenas hay, como la de la presentación de la Duquesa á la supuesta Reina, y casi todas las del acto segundo, dignas del génio de Scribe en toda su fuerza. En esta pieza mostraron lo que pueden los actores del Príncipe siempre que quieren trabajar de concierto, y rara vez los habíamos visto tan poseídos de sus papeles.

En cuanto al *Pozo de los enamorados* no es mas que un tejido de inverosimilitudes, pero gordas, muy complicado, como decia el cartel, si consiste la complicacion en haber muchas entradas y salidas, y mas si son por la boca de un pozo, muy cómico, como lo es un pobre Rey sobre quien tienen derecho todos sus vasallos, bastante *punzante*, y aun sobrado, si se toman en cuenta varios chistes de no muy buen tono. En lo único en que acertó el cartel, por fortuna, fué en la brevedad de la pieza, y en la benignidad del público.

Tres piezas en un mes, y tres traducciones; Dios salve al teatro! Dios salve la independencia teatral!

DAVRED.

BIBLIOGRAFIA.

DESCRIPCION DEL PALACIO Y MONASTERIO DEL ESCORIAL. Tiempo era ya de que se publicase una descripcion de este famoso monumento y sus agregados, que reuniese á la exactitud y buen juicio de las noticias históricas y artísticas, la elegancia en el language y la pureza en la diccion. El Sr. D. FERNANDO ALVAREZ, conocido ya del público por muchos de sus escritos, ha emprendido esta tarea, y la ha llevado á cabo con el buen éxito que era de esperar.

No es necesario encomiar la importancia de una obra tan útil como necesaria, á cuantos nacionales y extranjeros concurren el Real Sitio de S. Lorenzo, para admirar las bellezas de todas clases que alli se

hallan reunidas. El libro que anunciamos les ofrecerá en su introduccion un testimonio de la magnificencia y génio creador de Felipe II, tan calumniado por los extranjeros. En ella encontrarán curiosos apuntes y noticias sobre la Biblioteca, agradables descripciones, y noticias históricas, que hacen de dicha obra, no solo un guia indispensable para el viajero ó curioso que visite aquel monumento de las grandezas españolas, sino tambien un libro útil para el conocimiento general de nuestras artes y de nuestra historia.

La distribucion de las materias de que trata, está hecha con conocimiento y claridad, de modo que el lector encuentre sin trabajo la explicacion del objeto que se proponga examinar; defecto de que en general adolecen esta clase de obras.

Felicitemos al SR. ALVAREZ por su trabajo, y de desear es que otros de la misma especie sobre tantos monumentos artísticos y curiosidades como encierra nuestra patria vean la luz pública, para que los extranjeros que á ella vengan, puedan apreciarlas debidamente.

La obrita que anunciamos, se vende en Madrid, en las librerías de CUESTA, *calle Mayor*; de RUIZ, *calle de Carretas*, y de VILLA, *plazuela de Santo Domingo*. En el ESCORIAL en la puerta del Atrio.

ADVERTENCIA.

En este dia se reparten á los señores suscritores de Madrid y se envían á las Provincias, el número corriente y el atrasado á causa de las circunstancias, que no han causado á nuestros lectores mas detrimento que un ligero retardo.

Los señores suscritores que por efecto de las mismas no hayan renovado sus suscripciones, se servirán verificarlo sino quieren experimentar atraso en el recibo de los números.

Se suscribe al SEMANARIO en Madrid en la ADMINISTRACION, *calle Mayor*, número 13; y en las librerías de Jordan, Cuesta, y Poupart. En las Provincias en las Administraciones de Correos, y librerías principales, ó mediante el envio directo al administrador del *Semanario* del importe de la suscripcion, en un libramiento sobre correos, deducido el premio de 2 por 100.



MADRID.—IMPRESA DE D. F. SUAREZ, PLAZ. DE CEFERQUE, 3.